

Pistas temporales para repensar el proceso descolonizador americano. El caso cubano. 1810-1868

Temporary clues to rethink the American decolonization process. The Cuban case. 1810-1868

Pistas temporárias para repensar o processo de descolonização americano. O caso cubano. 1810-1868

Roide Orlando Alfaro Velázquez

roide1985@gmail.com

Universidad Iberoamericana Ciudad de México

<https://orcid.org/0000-0002-2101-2700>

Asnety China Franco

asnetymx@gmail.com

Universidad Iberoamericana Ciudad de México

<https://orcid.org/0000-0002-0849-4362>

RESUMEN

El escenario de la “independencia americana” provocó una separación evidente entre los destinos del continente y las posesiones de Ultramar. Las primeras regiones lograron librarse del yugo europeo, pero no lograr su independencia, como ha sostenido Immanuel Wallerstein. Las segundas, salvo Haití, mantuvieron su condición colonial. La cercanía con la metrópoli sobre las bases de una lealtad interesada, convirtieron a la mayor de las Antillas en su más fiel aliada en medio del grito descolonizador americano. La clase hegemónica cubana radicada en la porción occidental de Cuba, catapultó su centralidad y se abocó a la revolución azucarera que condujo a Cuba a los vaivenes del mercado mundial y a condenar a la inoperancia cualquier empeño revolucionario anterior a 1868. Corresponde entonces reflexionar sobre esos factores y peculiaridades geográficas, militares, políticas, culturales, económicas y sociales, que hicieron valedoras a Cuba de su condición de fidelidad o, hasta qué punto, esa cercanía con la metrópoli estuvo atravesada por fuertes intereses de la clase hegemónica cubana radicada en la Cuba A que retrasaron la opción bélica por más de cuatro décadas.

Palabras claves: Cuba A, descolonización, fidelidad, intereses, burguesía esclavista, azúcar

ABSTRACT

The scenario of "American independence" caused an evident separation between the destinies of the continent and the overseas possessions. The first regions managed to free themselves from the European yoke, but they did not achieve their independence, as Immanuel Wallerstein has argued. The latter, except for Haiti, maintained their colonial status. The closeness with the metropolis on the basis of an interested loyalty, turned the largest of the Antilles into its most faithful ally in the midst of the American cry for decolonization. The Cuban hegemonic class based in the western portion of Cuba, catapulted its centrality and dedicated itself to the sugar revolution that led Cuba to the ups and downs of the world market and condemned any revolutionary effort prior to 1868 to ineffectiveness. It is then appropriate to reflect on these factors and geographical, military, political, cultural, economic and social peculiarities, which made Cuba worthy of its condition of fidelity or, to what extent, that closeness with the metropolis was crossed by strong interests of the Cuban hegemonic class based in Cuba A that delayed the war option for more than four decades.

Keywords: Cuba A, decolonization, fidelity, interests, slave bourgeoisie, sugar

RESUMO

O cenário da "independência americana" provocou uma evidente separação entre os destinos do continente e as possessões ultramarinas. As primeiras regiões conseguiram libertar-se do jugo europeu, mas não conseguiram a sua independência, como defendeu Immanuel Wallerstein. Este último, com exceção do Haiti, manteve seu status colonial. A proximidade com a metrópole na base de uma lealdade interessada, transformou a maior das Antilhas em seu aliado mais fiel em meio ao clamor americano pela descolonização. A classe hegemônica cubana sediada na porção ocidental de Cuba catapultou sua centralidade e se dedicou à revolução açucareira que levou Cuba aos altos e baixos do mercado mundial e condenou à ineficácia qualquer esforço revolucionário anterior a 1868. refletir sobre esses fatores e peculiaridades geográficas, militares, políticas, culturais, econômicas e sociais, que tornaram Cuba digna de sua condição de fidelidade ou, em que

medida, essa proximidade com a metrópole foi atravessada por fortes interesses da classe hegemônica cubana baseada na Cuba A que atrasou a opção de guerra por mais de quatro décadas.

Palavras-chave: Cuba A, descolonização, fidelidade, interesses, burguesia escrava, açúcar

Ubicando temporal y espacialmente el debate...

Como efecto más inmediato y evidente de la descolonización americana, resulta la ruptura entre el mediterráneo americano terrestre y el marítimo. El mediterráneo americano deja de ser ese centro del “Nuevo Mundo” para verse envuelto en una serie de reacomodos geopolíticos típicos del siglo XIX. Su función de centro de intercambio comercial y cultural se ve medianamente truncado, a la par de la regionalización hegemónica que va adquiriendo las áreas centrales del nuevo mundo, con Estados Unidos comenzando a tejer su camino de ascenso e Inglaterra, entrando en la crisis de su ciclo hegemónico, para fines del siglo XIX cronológico. En este entonces, se dibuja el desmembramiento de los imperios coloniales en las Américas y es la centuria de la obstinada iniciativa de esas metrópolis no solo por no perder sus colonias, sino por incluso recuperarlas. Cuba se convierte en el soporte del imperio español en las Américas, pero ya no tiene el mismo peso, con la América descolonizada, como Llave del Nuevo Mundo y su prioridad será, continuar siendo el principal proveedor de azúcar crudo del mercado mundial

Tradicionalmente, las explicaciones de los rangos temporales de uno y otro proceso, son adjudicados al aspecto económico y el diferente peso que tuvo en ambos el componente esclavista. Bien es cierto que son elementos de contrastada importancia, pero limitar la explicación solamente a la utilización de la mano de obra y a los destinos económicos de ambas posesiones coloniales carece de sentido. Se trata de un escenario mucho más complejo y polifacético que combina los reacomodos coloniales del sistema-mundo capitalista, el mapa geopolítico y la presencia europea en el continente y en el Caribe, los procesos internos que se entretienen en correspondencia con esos vaivenes más generales y, por supuesto, una delimitación geográfica que no puede olvidarse. Heterogénea explicación multicausal que destierra, además, los “mitos historiográficos” sobre la fidelidad cubana, como define Allan J. Kuethe, cuya explicación más común se centra en el miedo a que la separación política produjera una sublevación masiva de esclavos al estilo haitiano o en el intimidante poderío del ejército español que hacía imposible cualquier variante contraria, por vía de las armas, a los destinos de Madrid (Kuethe, 1998, p. 209).

Resulta bien interesante, geográficamente hablando, que el derrumbe del imperio colonial ibérico en el siglo XIX, se haya reducido a la permanencia de tres islas: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Y que los mayores cambios se produjeran en la masa continental y no así, en las Antillas que, salvo el proceso haitiano, mantuvieron sus destinos atados a las potencias europeas. Este elemento nos lleva a una regularidad, y es la mayor susceptibilidad e incidencia de las islas en las zonas periféricas a las más fuertes condiciones de dependencia de los centros hegemónicos del sistema-mundo capitalista. La supuesta independencia territorial en el plano geográfico, es un arma de doble filo en este caso, pues fortalece la relación centro-periferia como ha demostrado la historia de estas construcciones geográficas. En el caso que nos ocupa, Cuba, no es casual que haya gravitado necesariamente a distintos escenarios de subordinación geopolítica a lo largo de su historia: primero, España, por poco más de cuatro siglos, después, ya en los albores del siglo XIX, alrededor de los Estados Unidos en su peculiar condición de Estado-nación que tenía atado su soberanía a los intereses de Washington y, posteriormente, tras el triunfo revolucionario del 1ro de enero de 1959, en un convulso marco post 1945, tendrá que acercar sus destinos, como estrategia de supervivencia, hacia la Unión Soviética. Tendencia de larga duración que explica los destinos de esas pequeñas poblaciones y su condición de insularidad, cuando forman parte de esa amplia capa periférica del sistema-mundo capitalista.

Fundamento teórico

Resulta imprescindible en un trabajo de esta índole, no recurrir a fuentes directas de la época, por lo que se impuso la consulta de obras clásicas de pensadores del reformismo ilustrado y liberal cubano entre ellos Francisco de Arango y Parreño y José Antonio Saco, conjuntamente con otros autores como el presbítero cubano Félix Varela Morales o representantes de las múltiples aristas del reformismo cubano entre ellos Francisco Morales Lemus, Miguel Aldama y Gaspar Betancourt Cisneros. Ello posibilita dibujar con más claridad, el cuadro político de la Cuba colonial y sus disímiles alternativas para sortear los mecanismos centralizadores de la metrópoli y sacar provecho comercial y económico en bien de la burguesía esclavista como clase hegemónica dentro de la pirámide social cubana.

Igualmente, y como una tendencia de los estudios coloniales en la isla, no puede olvidarse la consulta de la historiografía española, la cual, auxiliada por la disponibilidad documental en los archivos ibéricos, se ha erigido como una fuente de originalidad teórica y metodológica para la historia colonial que se escribe sobre la mayor de las Antillas. No es casual entonces la lectura de trabajos de Juan Bosco Amores Carredano, María Dolores González-Ripoll, Antonio Santa María García y José Antonio Piqueras. Se verá entonces a lo largo del trabajo, referencias a obras como Amores Carredano (2005). “Las élites cubanas y la estrategia imperial borbónica en la segunda mitad del siglo XVIII”. En M. C. G. B. L. N. G. J. B. R. Rivera (Ed.), *Élites urbanas en Hispanoamérica. De la conquista a la independencia* (pp. 189-196). España: Universidad de Sevilla; González-Ripoll Navarro (1999). *Cuba, la isla de los ensayos. Cultura y sociedad 1790-1815*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Piqueras Arenas (2002). “La política de los intereses en Cuba y la revolución (1810-1814)”. En M. Terán (Ed.), *Las guerras de independencia en la América española* (pp. 465-484). España: Zamora (Michoacán.) : El Colegio de Michoacán ; México, D.F. : Instituto Nacional de Antropología e Historia y del mismo autor (2008). *La siempre fiel isla de Cuba o la lealtad interesada*. Historia Mexicana, 58(1), 427-486.

En temas de clases sociales, intereses y formación del estado nación cubano durante la época colonial y sus marcadas peculiaridades, el autor norteamericano Allan Kuethe ha realizado importantes contribuciones a la historia escrita cubana. Es así como, igualmente, nos detenemos en dos de sus trabajos más célebres en estos menesteres como son Kuethe (1986). *Cuba 1753-1915. Crown, Military and Society*. Knoxville: The University of Tennessee Press, y un artículo suyo de 1998 que, a pesar de su escaso número de páginas, resalta por su solidez y agudeza teórica. Nos referimos a “La fidelidad cubana durante la edad de las revoluciones”. Anuario de Estudios Americanos(55), 209-220.

La llave del Golfo y la corona del imperio español...

Cuba, era la puerta de entrada al mediterráneo americano, y esta condición geográfica, le produjo históricamente, enormes dividendos. El diseño estratégico español en la región pasaba necesariamente por la permanencia y salvaguarda de la isla, demostrado en los múltiples procesos de fortalecimiento de la capacidad defensiva y ofensiva del aparato militar de la colonia y, quedó legitimado, además, por ser La Habana el punto más favorecido por el situado novohispano durante más de dos siglos no solo en el Gran Caribe, sino de todas las posesiones del imperio. La “caprichosa corriente marítima” que unía con inusitada velocidad a las aguas de la bahía habanera y la península ibérica, hicieron de La Habana puerto de escala del comercio de Indias y, con el tiempo, construyó una *sui generis* cercanía con la metrópoli. En lo geográfico y en lo político, al ser el territorio más cercano al centro metropolitano, su proximidad hacía que la élite habanera se trasladara a la corte española con mayor facilidad y regularidad, y encontrara incluso mayor aceptación en sus demandas de reforma. Hechos que se evidencian en un trato especial o “mano suave” hacia Cuba en las regulaciones y tratos comerciales en el comercio con neutrales en comparación con otras posesiones americanas, o en el proceso de negociación entre las autoridades coloniales y la clase hegemónica habanera para la

introducción de las modificaciones en la política española posterior a la recuperación del puerto de manos inglesas en 1763. Las oportunidades de Cuba pasaban por ser tanto, *“una extensión de España como una parte de América. A veces, parecía más, una provincia de España que una colonia americana.”*(Kuethe, 1998, p. 210).

Pero la cercanía cubana no era solo con España. Geográficamente, está solo separada por noventa millas náuticas de la península de la Florida y el mayor cinturón poblacional de las antiguas Trece Colonias se encuentra más cerca de Cuba que de cualquier otra región latinoamericana. Vecindad que ha provocado, que los años de ruina española coincidiera con la “edad de oro cubana”. El comercio con los Estados Unidos fue una de las más fuertes cartas que jugó España para garantizar el impulso de la posesión caribeña y convertirla en la salvaguarda de las arcas de la metrópoli en su empeño primero, por mantener el imperio continental y, después, por reconquistarlo. Oportunidades que aprovechó la isla en su ahínco azucarero ante la incrédula mirada española que estaba imposibilitada de frenar los peligrosos lazos entre Cuba y los vecinos del Norte.

La balanza comercial construyó fuertes relaciones comerciales entre Estados Unidos y Cuba y dejó a la zaga a la decadente metrópoli. Hay que destacar que, en el proceso de reconversión productiva azucarera en el siglo XIX, tanto Inglaterra como Estados Unidos contaban con importantes refinerías que atraían el crudo producido en Cuba, mientras que España no contaba con la infraestructura para explotar, productivamente, la bonanza azucarera cubana. En 1815, por ejemplo, fueron exportadas 7 288 toneladas de azúcar hacia Estados Unidos y 9 233 a Inglaterra, mientras, quince años después, la sacarosa cubana era más apetecible cuando destino a Francia viajaban 14 409 toneladas, 17 086 hacia Inglaterra y 27 675 a los Estados Unidos, mientras a España se exportaba 17 086. Habían pasado los años del monopolio exclusivo español y se sentaban las bases para el salto norteamericano como metrópoli económica de Cuba. Siguiendo con el recorrido estadístico, en tres fechas paradigmáticas para la historia de Cuba, vemos como en 1868, en el inicio de las gestas de independencia, Estados Unidos compraba 390 228 toneladas de azúcar provenientes de Cuba, Inglaterra 160 361, Francia 67 003 y España apenas 29 272, mientras, con el cese de las hostilidades de la Guerra de los Diez Años en 1878, el mercado azucarero se concentraba aún más hacia el norte, cuando 449 217 toneladas de crudo eran exportadas hacia Estados Unidos, viendo como la presencia europea se veía reducida a las 16 785 destino a la metrópoli, 43 586 hacia Inglaterra y 10 194 a Francia. La tendencia quedó consolidada cuando, en 1886, con la abolición de la esclavitud en Cuba, el terreno era fértil para la danza de las inversiones de capital norteamericano en la isla y para dar el zarpazo definitivo a la “fruta madura”. Para ese año, Estados Unidos absorbía 568 826 toneladas métricas de crudo cubano, mientras, España solamente 40 838. La presencia de Francia e Inglaterra en el mercado cubano era ínfima: 279 y 2 450 toneladas respectivamente (Fraginals, 1978, pp. 69-71).

La tendencia demuestra, desde el azúcar como un importante actor de interés en la isla, la siempre expectante mirada de las potencias europeas en Cuba. La presencia de Francia e Inglaterra en el Caribe siempre constituyó un peligro para España y ello determinó la política colonial seguida en los siglos XVIII y XIX como los tiempos donde la zona marítima tuvo un carácter más multicolonial. Esta presencia no se evidencia de la misma manera en la masa continental, donde solo en los actuales Estados Unidos y Canadá, Francia, Inglaterra y España luchaban por mantener sus fronteras imperiales. Centro y Sur América fueron territorio exclusivo español y portugués y los momentos de su desmoronamiento, tanto Francia, Inglaterra y Estados Unidos lo veían como una legitimación de la decadente presencia ibérica en la región para bien de sus intereses.

El caso de Cuba y las Antillas fue diferente (salvo Haití). Demasiadas miradas y presencias poderosas en la región para hacer florecer una opción separatista de sus metrópolis en los momentos donde las oportunidades del despegue comercial sin fronteras monopolistas habían llegado. Tiempos donde, para la segunda mitad del siglo XIX, hacía aguas la hegemonía europea en el sistema-mundo y

Estados Unidos, consolidaba su poder en el continente americano para abonar el camino con destino al cetro mundial.

Precisamente en la geopolítica continental, el proceso descolonizador americano, solo tuvo como enemigo el colonialismo español. Todavía primero las Trece Colonias y después Estados Unidos, no constituían un obstáculo que lograra menguar el alcance de la contienda porque, además, era conveniente a sus futuros intereses el descalabro español para la conformación de una “América para los norteamericanos”. El belicismo coincidió con la cúspide del esplendor comercial entre el norte y la Cuba A¹, lo que desterraba para la isla cualquier oportunidad para seguir los pasos de Bolívar, Sucre, Hidalgo o San Martín. La oportunidad de una “invasión independentista”, además, que lograra encender la llama de la libertad, era echada por tierra en el Congreso de Panamá en 1826. Las oportunidades que ofrecía la controvertida situación de España posterior a 1810, que se debatía indistintamente entre el absolutismo y el liberalismo, fueron aprovechadas por Cuba y centro-sur América de manera distinta. Cuba para consolidar desde la élite habanera, su poder económico con la introducción de reformas imprescindibles en la política metropolitana que frenaban el avance de la colonia y para sortear, indistintamente, algunas iniciativas autonomistas entre 1810 y 1830 que buscaban estabilidad en medio del caos colonial. El continente, por su parte, olió la sangre española y ahondó la herida con el estallido de la opción descolonizadora.

Para la década de 1820, donde se legitima la desventura española, todavía los Estados Unidos tenía que resolver, internamente, el problema de la esclavitud, lo que le impide la consolidación como potencia hegemónica continental y mundial. Solución cuyos primeros pasos de declaración de intenciones será la anexión de Texas en 1845 y, con el triunfo del norte sobre el sur esclavista en 1865, el fortalecimiento de su presencia en cualquier proceso histórico en la región. Cuba evidenció como protagonista esta transformación del papel de los Estados Unidos y sus intereses. Primero, se benefició de su comercio para sortear la decadencia de España y acercar sus destinos y después, veía como la anexión por distintas vías parecía cada vez más cerca. Si el inicio de las guerras de independencia tenía a la colonia y la metrópoli como fuerzas contendientes, Estados Unidos era un tercer protagonista no menos importante.

Desde el inicio de la Guerra Grande en 1868, los destinos de Cuba pasaban, necesariamente, por los intereses geopolíticos de la patria de Lincoln. Alertaba Martí en 1895, en la carta a su amigo Manuel Mercado, de los peligros de la expansión norteamericana sobre las Antillas, la que aspiraba impedir con la independencia de Cuba.² Sin embargo, la guerra iniciada en Cuba el 24 de febrero de 1895 estaba condenada. Tendría que enfrentarse a dos metrópolis. Una política, débil y desgastada como era España y otra joven y fuerte metrópoli económica: los Estados Unidos de América. La ocupación norteamericana sobre Cuba, iniciada el 1ro de enero de 1899, demostraba la sentencia martiana sobre la empresa expansionista del vecino del norte, apenas cuarenta y tres meses después de su testamento político.

Cuba. Retrasos cronológicos e implicaciones históricas...

¹ Nos referimos con este término, a una estructura de larga duración histórica, que posibilita, en una misma porción geográfica, la convivencia antagónica de varias cubas coloniales, que convergen solo en lo político, pero difieren sustantivamente en lo cultural, geográfico, económico y cultural. Dicha estructura se construye desde el mismo inicio de la expansión de la economía mundo europea en 1492 y se expresa con todo su esplendor histórico dentro del largo siglo XVIII cubano (1763-1886). Al respecto, consultar la presentación de esta tesis originalmente en (Riva, 2004) y su argumentación y desarrollo en (Santamaría, 2018) y (Alfaro, 2021).

² Puede leerse íntegramente la Carta inconclusa a Manuel Mercado, conocida como el Testamento político de José Martí en (Pichardo, 1971, pp. 494-496). También, como declaración de intenciones sobre la necesidad de impedir la expansión norteamericana, está el fomento de la independencia de Puerto Rico, declarado explícitamente como objetivo por el Héroe Nacional cubano en el Manifiesto de Montecristi, el 25 de marzo de 1895. Puede consultarse en la misma fuente, pp. 486-493.

Temporalmente, Cuba había llegado tarde a la revolución azucarera. Solo las libertades comerciales posterior a 1763 y la sublevación esclavista haitiana en 1791, catapultaron el ascenso cubano a la industria del azúcar. Pero para ese empeño, se necesitaba abundancia en la mano de obra, y en los años de esplendor de la iniciativa, comienzan las presiones cuando en 1807 Inglaterra declara abolido el tráfico de negros esclavos. La isla no estaba lista para cerrar las puertas a la principal fuente de riqueza ante la demanda del mercado mundial y, en los años donde se comienzan a tejer los destinos del continente, Cuba explota por primera vez a plenitud todas sus bondades geográficas, tropicales y productivas ajeno a la debilidad comercial metropolitana. Para 1811, hemos visto que languidece las remesas provenientes del situado novohispano, pero la acumulación de la riqueza que había provocado durante dos siglos y medio, le permitían a la Cuba A invertir sobradamente para suplir la demanda internacional de productos tropicales.

Ni la abolición de la trata por Inglaterra y Estados Unidos y el posterior tratado anglo-español de 1817 que fijaba las condiciones para la irrupción del tráfico negrero, ni el establecimiento como fecha límite el 30 de junio de 1820 para la introducción de esclavos en las colonias hispánicas, frenaron el impulso esclavista cubano. Todavía quedaba mucho que decir a la isla en la industria azucarera y para ello necesitaba mano de obra a gran escala. Entre los años 1809 y 1817 se produjeron un total de 278 expediciones que introdujeron un total de 60 368 negros africanos, introducidos por los puertos de La Habana, Matanzas, Santiago de Cuba y Trinidad, mientras, posterior al citado tratado de 1817 y hasta 1820, entraron a Cuba 92 084 africanos (Fraginals, 1978, p. 263). Estos niveles hicieron que para 1825, el censo poblacional arrojara un total de 704 487 habitantes. De ellos 311 051 eran blancos, 106 494 libres de color y 286 942 esclavos, o lo que es lo mismo, el 40.7% eran esclavos y el 56% representaban, en conjunto, a la población “de color”. El número de esclavos y la proporción de éstos en el total de habitantes, resultaron más altos que nunca (Guerra, 1973, p. 306).

De acuerdo con los datos de la tabla anterior, Cuba tuvo su *boom esclavista* en el comercio de esclavos posterior a 1763 y durante los años de la descolonización de América, precisamente entre 1816 y 1820. Los años de máxima crispación dentro del proceso continental, coinciden con los tiempos donde la sacarocracia criolla estaba edificando su despegue azucarero definitivo, con la entrada masiva de negros esclavos. Entre estos años, entraron al país 126 955 esclavos por los puertos de La Habana, Matanzas, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba donde, los dos primeros (95 617 por La Habana y 11 290 por Matanzas), concentraban el 84.2% del comercio de esclavos, lo que se explica por la necesidad de edificar, en la Cuba A azucarera, la plantación sobre hombros africanos. El pacto de 1817 para frenar la trata, posibilitó la búsqueda de nuevas vías para el ejercicio de la trata, pero nunca, de manera inmediata, entorpeció que la empresa azucarera cubana, continuara su curso por disponibilidad de mano de obra esclava. La entrada por el puerto de Santiago de Cuba (18 726), respondía a una economía más variada y policéntrica, para cumplir con las labores de la industria azucarera, el café, el cultivo de viandas y hortalizas para el mercado interno, el tabaco y, por supuesto, en mayor medida y por la presencia de una fuerte esclavitud de carácter doméstico-patriarcal, para cumplir con los roles domésticos.

Esta inyección migratoria procuraba una peligrosa estructura socioclasista. El tradicional “miedo al negro” fue una constante ideológico en la época y un elemento nada descartable dentro de los temores que procuraban la opción independentista. La peculiar distribución de población esclava en Cuba en comparación con el continente, era una barrera, sobre todo por la cercanía geográfica con la experiencia haitiana y las historias que llegaban procedente de esa tierra en voz de los inmigrantes que en distintos estratos encontraron refugio en Cuba. Pero no vale con hiperbolizar este elemento para establecerlo como determinante en el retraso temporal de Cuba en su alzamiento independentista. Estaba lejos aún las jornadas de crisis comercial y económica del modelo plantacionista para pensar como criollos y encomendarse a un proceso que se alejara del autonomismo.

La burguesía cubana en estas circunstancias, legitimó la idea de ser vocera y protagonista directa de los destinos de Cuba, con hegemonía y capital en La Habana. La amplia masa de población esclava solo afianzó tibios intentos autonomistas como estrategia de reformismo político, que convergería en momentos puntuales con el anexionismo como una rápida salida a la moribunda situación colonial de la metrópoli. Liberales y absolutistas no solo se enfrentaban de manera constante en España. En la isla, los intentos autonomistas por certificar una variante liberal que oxigenara la situación de la colonia, no fueron pocos, como la pretendida y frustrada Junta Superior de Gobierno de La Habana en 1808³, encabezada por Francisco Arango y Parreño. Entre los firmantes de la iniciativa, se deja ver las redes de poder alrededor del proyecto, que intentaba mantener la paz interior en la isla a la espera del desenlace final de la situación interna de la metrópoli. Entre los firmantes se encontraban los grandes linajes habaneros Herrera- Pedroso, Chacón-Herrera y Peñalver-Calvo, la presencia de las familias Armenteros y Aróstegui, de sólido capital proveniente de la actividad comercial, además de comerciantes españoles radicados en La Habana dedicados a la trata como Bernabé Martínez de Pinillos, Joaquín Madán o Gonzalo Luis Alfonso, a los que tenemos que añadir los regidores del proceso: Arango y Parreño, que tenía en su haber más de 240 esclavos en posesión y uno de los más modernos ingenios de la época, “La Ninfa” y el Conde de O’ Reilly, fundador del “Alejandría” con 120 esclavos. Hablamos entonces, en conjunto, de propietarios de más de 3 mil esclavos, en tiempos donde el promedio de un ingenio grande se ubicaba en los cien braceros africanos (Piqueras, 2008, pp. 452-453).

Fracasada la Junta y restaurado el absolutismo en España en 1816, llega a Cuba como Capitán General José Cienfuegos Castellanos, el cual encontraba desde los primeros momentos de su llegada, los débiles lazos de la nobleza en la isla y una realidad donde pondera el amor al azúcar, la división racial y el ejercicio de la trata negrera. Tres años después, al regresar a Madrid con el deber cumplido, tuvo la oportunidad de despedirse de los sujetos que más de cerca había tenido durante el proceso de introducción de las reformas pertinentes, entre ellas, la tan ansiada libertad permanente de comercio adoptada en 1818. La calurosa despedida la describía el propio Cienfuegos Castellano:

“abracé a Ramírez (el Intendente de Hacienda), a Don Luis (de Clouet, coronel fundador de la ciudad de Cienfuegos), a Don José Ricardo (O’Farrill y Herrera, hacendado, suegro de Ilincheta), a Don Francisco y Don José Arango, a don Juan Montalvo, a Don Claudio Pinillos (hijo de Bernabé Martínez de Pinillos), al Conde de Barretos, a Don Andrés Jáuregui, y a tantos de mis fieles colaboradores y amigos” (Piqueras, 2008, p. 481).

En el acto, se reencontraban los viejos autonomistas nucleados alrededor de la Junta de Gobierno, y el “enemigo” proveniente de la metrópoli absolutista. La cercanía de posiciones y las nuevas oportunidades políticas que se abrían con las reformas aplicadas, garantizaban el esplendor del grupo social habanero y de su amor perdurable a la madre patria por más de medio siglo. Por iniciativa del propio Capitán General, antes de partir y para favorecer el sentimiento español, había solicitado al rey, se le concediese a la isla el título de “Siempre Fiel Isla de Cuba” (Piqueras, 2008, p. 481). En los años donde se decidían los destinos del continente, desterrando de esas tierras el yugo colonial español, el rey otorgaba tal distinción a la perla de su frágil corona.

El autonomismo no implicaba un desprendimiento de los lazos con la metrópoli. Fue una variante política totalmente diferente a los destinos del continente, de acuerdo a la estructura socioeconómica cubana. Ante las primeras acciones por frenar la trata de esclavos, en 1811, el diputado mexicano a las cortes españolas Don José Guridi y Alcocer y el político español Agustín de Arguelles, respaldan un proyecto para poner fin a la trata de esclavos acompañado de un plan para la gradual abolición de la esclavitud. A esta iniciativa, responde Arango y Parreño en nombre de los azucareros

³ Para mayor información sobre esta propuesta como reconversión de las relaciones tradicionales colonia-metrópoli, puede consultarse en (Vázquez, 2009).

cubanos, estableciendo cifras comparativas entre la población esclava de Cuba y Jamaica y la necesidad de que no se debía prohibir la introducción de esclavos sin que se completasen las “empresas comenzadas”, y no aplicar medidas precipitadas que frenen en ascendente desarrollo de la isla. Los debates sobre la esclavitud, Arango los proponía retomar una vez se solucionara la convulsa situación de la metrópoli y, años después, en 1816, solicitaba una prórroga para la actividad del tráfico de doce años, estableciendo las comparaciones pertinentes con el ejercicio de utilización de la mano de obra esclava en las colonias británicas.⁴

Elementos que demuestran los intereses contrapuestos entre Cuba y las restantes posesiones hispanas y, también, que el “miedo al negro” nunca fue un impedimento para la sostenida y siempre demandante entrada de esclavos a la isla para las labores de la plantación. Si en 1792 en su *Discurso sobre la Agricultura en la Habana* y ya entrado el siglo XIX Arango y Parreño seguía demandando la inmigración blanca, lo hacía, además, como una forma de diversificación económica siempre favorable al despegue de la Cuba A. Incluso, en 1816, el plantador azucarero dejaba clara las razones para no temer a que se repitiera en la isla la situación de la colonia francesa, como un elemento de peso para aquellos que defendían en las cortes la imperiosa necesidad por extirpar el mal de la esclavitud:

El peligro que se teme de parte de los negros es tan remoto y fácil de precaver que bien pudiera llamarse vano, y las trágicas escenas de La Española son felizmente de aquéllas que nunca se representan dos veces. En nuestras posesiones es esto menos temible; porque en ellas el número de esclavos es muy inferior al número de libres, y aun el de negros y mulatos no es desproporcionado con el de blancos, de cuyo prudente equilibrio resulta en favor de estos últimos una seguridad tan estable que en tres siglos jamás ha sido notablemente interrumpida. Las sediciones que alguna que otra vez han suscitado nuestros esclavos han sido parciales y momentáneas (Parreño, 2005, p. 129).

Los momentos de la separación de los caminos entre Cuba y las restantes colonias españolas continentales había llegado, y los favoritismos a la élite habanera siguieron su curso. Habría que esperar hasta 1837, con la exclusión constitucional de Cuba por parte de España, para que resurgiera un sentimiento criollo que comenzara a separarse de la tradicional fidelidad. Si en el resto de América los habitantes lamentaban su status de habitantes coloniales, la clase hegemónica cubana veía la situación de la isla desde otro prisma, por la gradual receptibilidad de sus reformas. No había razones entonces para acudir a la guerra pues, como indica Friginals, “*bajo el Antiguo Régimen la sacarocracia criolla era gobierno de facto, y carecía, por tanto, de razones para ejercer la violencia.*” (Friginals, 1995, p. 67).

Una vez iniciada la guerra en México en 1810, hubo un poderoso cambio de roles en el financiamiento de los gastos militares. El tradicional situado novohispano había desaparecido y Cuba nuevamente se convertía, como en los inicios de la colonización continental, en la retaguardia del poder colonial en el virreinato de Nueva España. La autosuficiencia fiscal que como tendencia comenzaba a experimentarse para finales del siglo XVIII, hizo que, en la bonanza de sus relaciones marítimas y comerciales, y más adelante sobre su fisco, recayera “*en parte la difícil tarea de suministrar elementos de resistencia a la dominación española en el continente*” (Le Riverend, 1954, p. 86). Las recaudaciones entre los años finales de la década del cuarenta y hasta principios de los sesenta, rondaron en Cuba los 30 millones de pesos, de los cuales alrededor de cinco millones fueron destinadas a las expediciones españolas en el intento por recuperar Santo Domingo y México en la década de 1860. El retiro de las tropas de Santo Domingo en 1865 y otros empeños neocoloniales, habían provocado un gasto al erario cubano superior a los 7 millones de pesos (Zanetti, 2017).

⁴ Para mayor información al respecto, recomendamos la consulta de “Representación de la ciudad de La Habana a las Cortes, el 20 de julio de 1811, con motivo de las proposiciones hechas por Don José Miguel Guridi y Alcocer y Don Agustín de Arguelles sobre el tráfico y la esclavitud de los negros; extendida por el Alférez Mayor de la ciudad, Don Francisco de Arango, por encargo del Ayuntamiento, Consulado y Sociedad Patriótica de La Habana, en (Parreño, 2006b, pp. 19-52).

Pero el sustento de las empresas militares de la metrópoli, debía ir acompañado con beneficios comerciales para la élite azucarera de la “siempre fiel isla de Cuba”, en aras de un óptimo aprovechamiento de sus recursos. España desde 1763 comprendía esta necesidad e indistintamente, negociaba los términos de la introducción de modificaciones fiscales a la isla. No son pocos los ejemplos de receptividad del gobierno español por llevar a cabo las reformas que impulsaban la economía insular desde finales del siglo XVIII, también teniendo en cuenta el modelo productivo *sui generis* de la colonia cubana en comparación con las restantes posesiones del Nuevo Mundo. El éxito cubano, era una estrategia irreplicable en el continente, por sus bases económicas, productivas, geográficas y comerciales. El insólito triángulo de poder colonial establecido entre comerciantes peninsulares, autoridades administrativas y élite criolla, garantizaba estos beneficios y nacionalizaba un tanto la toma de decisiones cuando algunas regulaciones sorteaban los intentos de control provenientes de Cádiz.

Las bases de esa fidelidad negociada entre la isla y España hasta 1837 aproximadamente, que desterró cualquier sólido intento descolonizador paralelo a la experiencia del continente, las declara con especial brillantez el apoderado de La Habana, Francisco de Arango y Parreño en 1816. Solo un mutuo acuerdo entre las partes, garantizaría la bonanza económica de Cuba como clave determinante para la estabilidad del imperio español:

¿En qué paraje de nuestras Américas ha habido más convulsiones? ¿En cuáles tiene hoy más raíces el espíritu de insurrección? En el interior de los continentes, esto es, donde no llegaron extranjeros y eran más las restricciones. La Habana, por el contrario, lejos de estar en rebelión, nunca dio más prueba de amor a su Metrópoli que cuando con más amplitud gozó de la libertad de comercio. Ella sin duda ha sido, entre todas nuestras llamadas colonias, la que mayores dispensas y favores ha obtenido en materia de comercio; ella, por tanto, es la más vigorosa y despejada; y ella sin duda es la que menos sustos causa, y la que más cordialmente ha auxiliado a su Metrópoli en este tiempo de delirios... Parece España por falta de recursos con que cubrir sus obligaciones; y sin meterme yo a señalar la senda que debería tomarse para encontrarlos recordaré dos verdades generalmente reconocidas: primera, que es necesario adoptar un nuevo sistema de rentas; segundo, que para establecerlo como corresponde y acudir entre tanto a las necesidades ordinarias y extraordinarias del Estado, son precisos, al menos, cuarenta millones o cincuenta millones de duros. Oigo decir que es imposible encontrarlos, y si yo no me equivoco, sólo el libre comercio de la Isla de Cuba, establecido como corresponde, puede facilitar medios para la mitad de esa suma. Más claro, ese libre comercio —después de producir lo necesario para cubrir, no las abusivas, sino las atenciones naturales de aquella posesión— debe dejar un sobrante que sea suficiente para asegurar los réditos y la amortización de un capital de veinte millones de duros, cuyo empréstito no será difícil en el extranjero con semejante hipoteca (Parreño, 2006a, pp. 135-137).

Cuba entre 1790 y 1834 era una colonia de enorme riqueza y para alinear los sentimientos con España en los años más convulsos de contradicciones internas de la metrópoli, ante el ascenso del liberalismo y la reacia supervivencia del absolutismo, que se trasladó de manera constante a las colonias, solo había que “favorecer” comercialmente a la élite criolla de la llave del Golfo. No es casual que los años de esplendor de la plantación esclavista, sea los años dorados de esa generación de “reformistas ilustrados”, pero al coste de ríos de sangre africana sobre la que se construía su riqueza y prosperidad. Los síntomas de crisis del modelo de plantación ya para la década del cuarenta, trae nuevos visos a la situación de la isla cuando comienza nuevamente a cobrar fuerza la idea de la anexión ante la irremediable necesidad de desligar los caminos con España.

En estos años, el azúcar y el café fueron los dos trampolines hacia el mercado mundial, donde, además, el tabaco mantuvo su curso productivo, solo que fue el renglón más afectado por las disposiciones monopolistas de Cádiz. La ganadería se mantuvo solo en aquellas tradicionales zonas, como en Puerto Príncipe y en Oriente y en menor escala en la Cuba A, donde se destinaba al consumo interno de las amplias dotaciones de esclavos. Es entonces, donde encontramos a la gran plantación esclavista en la hegemónica Cuba A, disfrutando de los años de esplendor, y una estable y heterogénea Cuba B que incluye las restantes tres porciones históricas, donde se va a concatenar el cultivo del café

en Oriente, la ganadería en la región centro camagüeyana y pequeños azucareros emprendedores, alejados de los altos índices de occidente, en Las Villas y Oriente.

La élite habanera, dedicada a la explotación agrícola, se nucleaba alrededor de personalidades de enorme renombre en la metrópoli como Francisco de Arango y Parreño y el superintendente Claudio Martínez de Pinillos y Ceballos. El bastón generacional, se entregaba después a personalidades de una riqueza intelectual impresionante y con otros intereses, todos provenientes de los primeros años del 1800. Entre ellos: José Antonio Saco, el naturalista y científico Felipe Poey, el poeta José María Heredia y dos de los causantes de un profundo sentimiento nacional en las venideras generaciones de cubanos que darían vida a la opción bélica como son, el presbítero Félix Varela y Morales y el filósofo José de la Luz y Caballero. Si la empresa de la primera generación reformista cubana reposaba sobre débiles bases (la esclavitud y el carácter colonial de la explotación agrícola) por la dependencia de la trata de esclavos y el mercado extranjero, los visos liberales de la próxima generación reformista de cubanos veían como un mal necesario de ser extirpado la trata africana y la abolición de la esclavitud, comprendían los peligros de la anexión y buscaban, poco a poco, una seguridad económica que cada vez más se alejaba de España. Solo a partir de 1837, comenzó a experimentarse esta tendencia, que fue consolidada en 1868 con el alzamiento oriental para dar inicio a las guerras de independencia. Con anterioridad, era imposible, pues el *boom* esclavista y azucarero cegaba cualquier tentativa.

Los debates sobre las posesiones de Ultramar (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) y la exclusión de los diputados de esos territorios a las Cortes convocadas en 1837, provocaron un profundo disgusto en la élite criolla cubana, el cual fue catalizado con la disposición de gobernar estos territorios con “leyes especiales”, que lejos de ser abrazados por el liberalismo político o un régimen autonómico, fue un regreso a las más fuertes tendencias absolutistas. Si bien la Constitución de 1837 resultó un esfuerzo por mantener el equilibrio entre liberales y conservadores, conformó un peligroso escenario para “aquellas fieles islas” que quedaron al amparo de la metrópoli después de la revolución continental. El papel jugado por ellas en los años posteriores a 1810, último reducto del gran imperio español, era definido en los debates gubernamentales cuando, se definía el cambio de roles que habían experimentado: de posesiones periféricas y dependientes del situado del antiguo virreinato de la Nueva España hasta ser, en los tiempos de la década de 1830, la salvaguarda de las campañas militares y de la presencia colonial de España todavía en el continente americano.

Es menester no perder de vista que hace unos quince o veinte años eran materialmente una carga para la madre patria las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Doce millones se enviaba para La Habana, o la Isla de Cuba, cuatro para Filipinas y seis para Puerto Rico: y en el año anterior esas mismas posesiones han contribuido a sostener la lucha en que estamos empeñados en cincuenta millones, y en el año presente es de esperar que contribuyan con otra igual cantidad. Yo recordaría esto con amargura, y el señor González Alonso me acompañaría en el sentimiento, si prevaleciendo sus opiniones fuese la consecuencia de ellas el que dentro de dos o tres años no pudiese contar la madre patria con estos recursos considerables, con que hoy contribuyen aquellos países al alivio de sus necesidades (Guerra, 1973, pp. 388-389).

Las ventajas geográficas de la posición de Cuba en el Caribe, había traído rasgos particulares en las redes internas construidas entre los principales sujetos económicos. Un importante factor de permanencia de Cuba bajo la égida española, resulta también el fuerte vínculo o coalición establecida entre los comerciantes peninsulares y los productores criollos, sobre todo en los años finales del siglo XVIII y las dos primeras décadas del XIX. Este elemento le permitió a Cuba un poderoso núcleo de tensión con los intereses monopolizadores de Cádiz, de lo cual obtuvo grandes privilegios comerciales, a diferencia de otras realidades en el continente como Veracruz, Caracas o Buenos Aires. En estas regiones, las fuertes tensiones entre peninsulares (seguidores de los intentos de la metrópoli) y las necesidades de flexibilizar el comercio de la élite criolla, fue uno de los más sólidos detonantes para el grito descolonizador a partir de 1810. La Habana, por su parte, se beneficiaba de esta “santa alianza” y

del comercio con neutrales para convertirse en una submetrópoli americana de los restantes enclaves portuarios. Si el comercio con el “vecino del norte” provocaba malestar y ahondaba la contradicción criollos-peninsulares en el continente, en La Habana abría las puertas a la época de mayor esplendor económico y comercial.

Los intentos de Cádiz por controlar el comercio habanero habían llegado demasiado tarde para los fines del siglo XVIII. La ofensiva de los combinados gaditanos-peninsulares no surtieron efecto en la mayor de las Antillas, pues en Cuba la alianza de los comerciantes españoles con la élite criolla era bien sólida. Si el eje Cádiz-Veracruz se negaba a vincularse al libre comercio y ligaba sus destinos en extremos a la tradicional vinculación colonial colonia-metrópoli, el comercio cubano no sufrió esa dependencia, lo que, curiosamente, surcó el camino para la permanencia de Cuba en el imperio español (Amores, 2016). Sin embargo, esta coalición no fue eterna, y para la década de 1820 y la vuelta al absolutismo, se producía el divorcio a partir de tres cuestiones fundamentales: se echaba por tierra la ansiada idea de igualdad política de los cubanos con los peninsulares; el proteccionismo español y los favores y tradicionales privilegios a la burguesía esclavista azucarera y, el mayor detonante, la importación clandestina de esclavos y las cada vez más fuertes presiones de Inglaterra por frenarlo. Pero la acumulación originaria de la riqueza criolla desde mediados del siglo anterior, le garantizaba, a pesar del divorcio, sortear los obstáculos y continuar el avance millonario azucarero.

Amores (2005) resalta otros tres acontecimientos que llevaron al traste con el atraso temporal del ideal independentista en Cuba en comparación con el continente. Son ellos: la ausencia de un sector ilustrado para 1790, la inexistencia de instituciones que estimularan a hacer carrera en el foro, en la administración civil y en la eclesiástica, que se convirtieron en objetivo prioritario para las principales familias criollas del continente y, por último, la débil presencia de la iglesia, que comparativamente como en la realidad continental, jugara un fuerte papel independentista. Elementos que pasaremos a considerar a continuación, pues no los consideramos de igual manera en el caso de los dos primeros, al tiempo que coincidimos con el tercero.

En la historiografía de Cuba, existe consenso a la hora de afirmar la grandilocuencia de la denominada *Generación de 1792* como vocera, impulsora y portadora de la ilustración reformista cubana. Encabezada por Francisco de Arango y Parreño, resultó tener una composición muy heterogénea a la que hemos hecho referencia anteriormente, que agrupaba a hombres de las artes y letras, científicos y personalidades con reconocido prestigio militar, además de autoridades coloniales como el gobernador Don Luis de Las Casas y el intendente José Pablo Valiente.⁵ Es por ello que afirmar la no existencia de una élite criolla para estos años resulte poco plausible. Lo que sí es cierto, es que las prioridades de estas figuras, por su tardía llegada a la empresa esclavista y al boom azucarero, no corrieron por los caminos de desgaste de los enfrentamientos tradicionales colonia-metrópoli como sucedió en las restantes colonias de la América continental.

Recordar que el auge del azúcar vino acompañado con la apertura al comercio de neutrales en 1797, encontrando Cuba la tan ansiada bonanza comercial y con ello los años de oro de la plantación esclavista cubana hasta fines de la década de 1830. Los privilegios de la colonia cubana vinieron acompañados de su posición estratégica, y la crisis económica y política necesaria para buscar nuevos caminos que se alejaran de la égida metropolitana, tardarían todavía varios años. La opulencia de la élite criolla cubana contrastaba con la férrea contradicción peninsulares- productores en centro y sur América. Cuba, con las nuevas realidades comerciales, económicas y garantizada las masivas entradas de africanos, certificaba su fidelidad a la metrópoli en los tiempos del grito descolonizador.

⁵ Puede verse con mayor detenimiento la composición de la generación de 1792, en la página 349, la cual fue reconstruida desde el trabajo de Eduardo Torres Cuevas “De la Ilustración Reformista al Reformismo Liberal.” en (Torres-Cuevas, 2002).

Tampoco es recomendable minimizar el desarrollo cultural de La Habana en relación con otras ciudades virreinales como Lima, México, Cartagena, Santa Fé de Bogotá o Caracas. Las peculiaridades entre una ciudad portuaria, convertido en el centro de una economía de plantación, no tiene nada que ver con las realidades de otras ciudades interiores o incluso, marítimas dedicadas a otras actividades más tradicionales. El modelo implantado y desarrollado en la Cuba A garantizaba en los años de mayor demanda del mercado mundial de factorías tropicales, un éxito imposible de repetir para cualquier otra posesión hispana en el Nuevo Mundo, por lo que las peticiones y formas de actuación de la élite criolla y del puerto de La Habana debían ser totalmente distintas. Sin embargo, la dependencia de la esclavitud para estos fines, no impuso visos de atraso a la sociedad habanera, sino que produjo una inusitada clase ideológicamente aburguesada, con todas las formas europeas de obrar, pensar y vivir, aún sobre las débiles bases de la sangre africana.

En varios pasajes del *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*, Alejandro de Humboldt resalta la mayor cercanía de La Habana con respecto a otros sitios coloniales como Lima, Perú o Nueva Granada, al tiempo de destacar que, con la multiplicación de las comunicaciones en el comercio con Europa, en ninguna parte de las propiedades hispánicas, la civilización había tomado un aspecto más europeo que en la urbe habanera, cuya exuberancia contrastaba con la sencillez de las otras ciudades de la isla. Sobre estas cuestiones, especifica el autor alemán:

La cultura intelectual, limitado casi totalmente la clase de los blancos, está repartido con tanta desigualdad como la población. El trato de la gran sociedad de la Habana, se parece por sus maneras atentas y su urbanidad al de Cádiz y al de las ciudades comerciales más ricas de Europa, pero alejándose uno de la capital o de los plantíos inmediatos, habitados por propietarios ricos, se advierte el contraste que ofrece este estado de una civilización parcial y local con la sencillez de hábitos y costumbres que reinan en las haciendas aisladas y en los pueblos chicos. Los habaneros han sido los primeros, entre los ricos habitantes de las colonias españolas, que han viajado por España, Francia e Italia. En ninguna parte se ha sabido mejor que en la Habana la política de Europa, y los resortes que se ponen en movimiento para sostener o derribar un ministerio. Este conocimiento de los sucesos y la previsión de los del porvenir han servido eficazmente a los habitantes de la isla de Cuba para libertarse de las trabas que detienen el desarrollo de la prosperidad colonial (Humboldt, 1930, p. 196).

Eran los tiempos de la consolidación del empeño plantacionista, de la hegemonía de la élite criolla habanera y de la Cuba A como modelo colonial. Cuba como salvavidas de España en el proceso de despedazamiento de su imperio colonial, pasaba por privilegios comerciales para la cúspide de la pirámide social de la colonia y por amor, solamente a las cajas de azúcar y los sacos de café como definía Félix Varela. El reformismo político, con más fuertes visos liberales con el paso de los años, era la estrategia política seguida por los cubanos para menguar las diferencias entre la decadente metrópoli y la rica y fiel colonia. En la Cuba B, la plantación había llegado tibiamente. No se contaba con el capital ni con las áreas cultivables favorables como la zona centro occidental de la isla. La Cuba habanera irradiaba riqueza y prosperidad al interior caribeño y hacia los confines americanos y europeos.

Los caminos separados en las aspiraciones y necesidades de las principales instituciones creadas para finales del siglo XVIII y las restantes colonias, también es evidente, pero no suficiente como para sustentar la carencia de ellas en Cuba como un elemento de peso para demostrar su fidelidad. Hay que tener en cuenta que los organismos políticos creados en la isla, resultado de las transformaciones borbónicas, fueron, primero, copadas por la élite criolla y autoridades cercanas a sus intereses y, segundo, que estas creaciones, por su composición, tuvieron como función fundamental el fomento económico y agrícola de la isla, para obtener mayores dividendos de la demanda internacional. Ya hemos comentado de la fundación, en 1740 de la Real Compañía de Comercio de La Habana y el peso que tuvo en ella el capital criollo, así como el papel jugado por la estructura en la importación de productos europeos acorde a los requerimientos de la alta sociedad habanera. Vimos

también, cómo este empeño monopolizador, no frenó las peculiares actividades de contrabando alrededor del puerto de La Habana.

Para la década de 1790, se produce una modernización de la superestructura colonial con la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País, el Real Consulado y el Papel Periódico de La Habana. Todas ellas impulsadas por la clase dominante criolla. Las dos primeras promovieron un fuerte impulso en materia de conocimiento científico, abocado al fomento agrícola y el desarrollo productivo, mientras el Papel Periódico fue un órgano donde se demostraba el gusto de la sociedad colonial por las más finas artes, el gusto por la cultura europea, las más imperiosas costumbres proveniente de la riqueza habanera y se hacía eco, además, de la propaganda política, la realidad mercantil y el desarrollo agrícola de la próspera villa.

La composición de estas estructuras por individuos adinerados representantes de la clase hegemónica criolla habanera, permite comprender su funcionamiento. Arango y Parreño había intentado, como apoderado del ayuntamiento de La Habana, crear una Real Junta Protectora de la Agricultura y ante la negativa española, reconvirtió al Real Consulado para cumplir con los fines de esa aspirada institución de impulso agrícola. El ilustre habanero, se había mantenido contrario a las tradicionales sociedades económicas coloniales y propuso, además, crear una Junta de Fomento que amenazaba con convertirse en una entidad autónoma en la enrevesada estructura económica colonial. El Real Consulado, en su funcionamiento tradicional, era la solución metropolitana. La Junta de Fomento, la coronación de la iniciativa criolla entendida desde su realidad comercial y productiva.

Lo que sí logra Arango y Parreño, es que el entonces capitán general, Luis de Las Casas, presida el Real Consulado, a diferencia de los requerimientos españoles para las provincias de Ultramar, donde la institución estaría regida por el Intendente. La iniciativa habla a las claras de los fuertes vínculos construidos entre nacionales y autoridades coloniales, que garantizaron la defensa de sus intereses ante los impulsos de Cádiz y de la corte real. Don Luis de Las Casas era un apoderado azucarero más y era tío del Conde de O'Reilly, el cual estaba casado a su vez con una O'Farrill. Lazos que abarcaban los planos familiares, productivos y políticos para el logro de los objetivos económicos propuestos.

La composición de la primera Junta de Gobierno del Consulado, demuestra el empeño azucarero de la institución colonial y el asalto criollo a las responsabilidades principales, sin preocupación por los vínculos familiares de sus dignatarios. Su prior es Ignacio Montalvo Ambulodi, conde de Casa Montalvo y propietario de dos ingenios, 500 negros esclavos, 5500 caballerías de tierra y 14 000 cabezas de ganado. Como teniente del prior está su cuñado, Antonio Beitía, marqués del Real Socorro, propietario de los ingenios “San Selmo”, “San José”, “Santiago” y “Nuestra Señora de la Concepción”, con intereses además en “Santísimo Sacramento”, “San Juan Nepomuceno y otro “Nuestra Señora de la Concepción”. La labor de cónsul recayó en el marqués de Casa Peñalver, primo del prior y cuyo hijo está casado con una cuñada del teniente. El segundo conciliario era Ignacio Peñalver Cárdenas, hijo del cónsul. El líder natural e indiscutible como vocero político del grupo, además de ser pariente de todos ellos, Francisco de Arango y Parreño. Al momento de su conformación, el cerrado grupo familiar poseía un total de 26 ingenios y los otros dos cargos fundamentales, fueron ocupados por importantes figuras azucareras y comerciales como son: Juan Tomás de Jáuregui (cónsul segundo y propietario de “Nuestra Señora del Rosario” y Nuestra Señora de la Soledad”, importantes focos productores en La Habana) y Pedro Juan de Erice (consiliario de comerciantes y uno de los más grandes refaccionistas cubanos).⁶

⁶ Para un mayor detenimiento en estas cuestiones, nos auxiliamos de (Fraginals, 1978, pp. 107-108). Mayores detalles sobre la conformación del Real Consulado, su composición, intereses y requerimientos, pueden verse en (Arregui, 1982) y en (Navarro, 1999).

La Real Sociedad Económica y el Real Consulado fueron los catalizadores del impulso azucarero cubano posterior a 1792. Ambas legitimaban la vinculación productores comerciantes en sus primeros tiempos, a pesar de que después ambos sujetos económicos distanciaran sus caminos, de manera bien antagónica. Fueron un claro reflejo de su época, donde el nepotismo, las redes clientelares y familiares garantizaban la supervivencia del capital acumulado desde los tiempos de oro del situado novohispano y las grandes oportunidades comerciales que se abrían a las aguas del puerto de La Habana. No es el hecho de la inexistencia de instituciones con fuerte peso en la palestra económica y política de la isla una de las razones de la permanencia de Cuba bajo los estandartes coloniales, sino que las que existieron, llevaron consigo los intereses de la clase hegemónica de la sociedad esclavista cubana impulsora del fomento agrícola para su bien económico como clase. Los destinos de la inexistente nación estaban sobrepasados por el carácter antinacional de la burguesía esclavista cubana, que hacía imposible cualquier opción que se alejara de la dependencia política de España, del sostenimiento de la esclavitud y del aumento de la trata negrera. La Cuba A como locomotora colonial de la isla caribeña, solo conocía la idea y el futuro ligado a la empresa azucarera. Medios sobrados tenía la élite criolla para imponer un cambio político Cuba como el impulsado en el continente, pues contaba, además, con el apoyo y respaldo del ejército. Razones eran de las que carecían. Nada descabellada entonces, para demostrar los separados caminos entre Cuba y el continente americano, sería la sentencia sobre Arango y Parreño como líder de esta generación de burgueses esclavistas, *“podía haber sido un Bolívar y murió como burócrata real.”* (Kuethe, 1986, p. 176).

La ausencia de un clero con peso directo en el ideal independentista, como fue una distintiva característica en la descolonización americana, sí es un rasgo evidente en la sociedad cubana decimonónica. Desde el proceso de conquista y colonización resultado de la geografía de Cuba, se habían conformado sitios urbanos con una economía eminentemente cerrada y sin apenas comunicación con otros enclaves, donde la iglesia jugaba un rol medular en el proceso de desmontaje de la cultura y las costumbres taínas y el establecimiento de los nuevos patrones sociales de la sociedad colonial. Para entrada el siglo XIX, las primeras noticias que llegan de un representante de la iglesia con un fuerte peso en la transformación ideológica y cultural que se evidenciaba en la isla, vienen del obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández (1756-1832), el cual impulsa la renovación del pensamiento, la salud pública, las formas de beneficencia y la educación en Cuba. La modernización de las costumbres pedagógicas de la época y la introducción en los planes educacionales, en sustitución a la escolástica, de ciencias como la química, la física y la botánica, reconvirtieron el panorama cubano en la búsqueda de la racionalidad, apoyado en figuras como José de la Luz y Caballero y Félix Varela Morales. Su labor al frente del Seminario de San Carlos fue meritoria, y su interés por las ciencias dedicadas a la producción agrícola, ganó grandes alianzas entre la élite criolla de esos tiempos. Sin embargo, por este mismo sentido y por su descendencia española, hacía imposible que su accionar repercutiera en sembrar una vocación independentista. Su impronta fue tal, que la historiografía cubana lo ubica dentro de ese selecto club de la Ilustración Reformista Cubana que diseñó los destinos de la Cuba del diecinueve, con la industria azucarera como motor impulsor. Su fuerte alianza con la con los más importantes productores de occidente, fue muestra de los tentáculos de poder contruidos por la burguesía azucarera que le garantizaban obtener los dividendos acordes a sus aspiraciones.

La otra figura de renombre, lo constituye el presbítero Félix Varela, como cultivador de la necesidad de repensar las opciones políticas de Cuba más allá del reformismo político, fundamentalmente en la década del veinte del siglo XIX. Representante a las cortes españolas en 1822, fue portavoz de un nuevo proyecto para la transformación económica y política de las provincias de Ultramar, donde incitaba al reconocimiento de la independencia de Hispanoamérica y llevaba consigo, además, un escrito redactado para demostrar la necesidad de extinguir la esclavitud en Cuba para el bien de sus propietarios. Proyectos que no fructificaron, pues con la restitución del absolutismo del

Fernando VII, las cortes fueron suspendidas y perseguidos sus diputados, lo que lo obligó a refugiarse en Gibraltar y ser condenado a muerte por sus ideas políticas, estableciéndose definitivamente en los Estados Unidos.

Es en estos momentos donde funda el periódico *El Habanero*, de entrada, en Cuba y donde polemizaba sobre la realidad cubana en temas medulares como la abolición de la esclavitud, la independencia de Cuba por vía nacional o resultado de una invasión extranjera proveniente del continente, el anexionismo o la falta de conciencia política en la Cuba azucarera. Innegable resulta la labor de Varela en la conformación de la conciencia nacional y en la educación patriótica de las nuevas generaciones de cubanos. Pero su impronta clandestina y el esplendor azucarero y comercial, impidieron lograr resultados políticos de manera más inmediata. Sus frutos se recogieron, en la generación de terratenientes radicalizados orientales en la década del sesenta, que habían pasado por las aulas del Seminario de San Carlos y se hacían eco de sus enseñanzas y de las de Luz y Caballero, en un proyecto que, todavía, enfrentaba en su haber las aspiraciones de “varias Cubas”.

Otro “mito historiográfico” alrededor de la fidelidad cubana, resulta de la noción de concebir como imbatible el ejército español, por la fortaleza de sus estructuras coloniales radicadas en Cuba. Sin embargo, sería imposible pensar que la metrópoli podría enfrentar, paralelamente, con las trifulcas internas entre liberales y absolutistas, con el proceso bélico llevado a cabo en el continente y, además, con una posible gesta liberadora en Cuba. De haberse encendido la llama, en ningún otro rincón del imperio colonial, tenía más posibilidades de éxito un proyecto separatista por vía armada.

Para los albores del siglo XIX, encontramos en Cuba una guarnición disminuida por los niveles descendentes de envío de situados novohispanos, que cubrían los gastos militares, además de la participación directa del ejército en las tradicionales confrontaciones contra Inglaterra o la Francia napoleónica, tanto en el Caribe como en el mapa europeo. Ya hemos hecho referencia al proceso de “criollización del ejército” en la isla, tras las disposiciones borbónicas y la experiencia habanera en 1762. Pero, para 1826 y la capacidad de autogestión financiera del fisco cubano, la isla contaba con una fuerte disposición militar con más de 12 mil soldados regulares, numerosas milicias urbanas y rurales y un número de buques suficientes para frenar cualquier intentona de los corsarios mexicanos o colombianos. Por la demostrada fidelidad cubana y el reforzamiento de estas fuerzas, el rey Fernando VII consideraba la permanencia en Cuba tan segura que podía intentar la reconquista de México (Guerra, 1973).

Tomando el año 1800 como ejemplo, vemos cómo el 62.8% de los oficiales de la estructura militar, eran naturales del Caribe, cuando cuarenta años atrás, solo representaban el 27%. Su composición es muestra de la impronta del antiguo régimen: 45.5% de los oficiales eran nobles o hidalgos y el 22.3% hijos de militares, en ambos casos criollos en su mayoría, aunque no provenientes de las principales familias de la sociedad colonial. Sin embargo, éstas ocupaban los rangos de mayor responsabilidad en la milicia, en busca de la consolidación del prestigio en la carrera militar. En el mismo año, en la milicia como el cuerpo insular más vinculado a la población del país, ofrecía una composición heterogénea, no así en la balanza de mayores responsabilidades: el 75% de los coroneles eran criollos y el 80% de los sargentos, peninsulares (Piqueras, 2008, pp. 472-473). Tendencia que se consolidaba desde años anteriores cuando, en 1789 y en la búsqueda por frenar el proceso de “americanización” del ejército regular, el Regimiento de Infantería de La Habana contaba con 51 oficiales criollos de los 87 con los que disponía la unidad (Piqueras, 2002).

A esta composición, habría que sumarle el peso que tuvo la incapacidad de proveer España los oficiales y el ejército requerido en las demandantes condiciones a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Ello provocó que, en “agradecimiento” de su majestad a los aportes de la poderosa oligarquía criolla para sortear los gastos militares en situaciones de emergencia, se produjera la venta de nombramientos militares, oportunidad aprovechada por las ricas familias habaneras coloniales para

garantizar la carrera militar de sus primogénitos. Proceso que nunca fue excesivo por el temor a corromper la integridad del ejército colonial, pero que fue una vía más para poblar de los intereses criollos a la guardia española (Kuethe, 1998).

Los avatares de la cristalización de un sentimiento nacional...

La ilustración reformista cubana como generación, llevó en su seno, como muestra del peso criollo en la empresa militar colonial a: Gonzalo de O'Farrill y Herrera, con papel destacado en los sucesos políticos de España donde ocupó dos veces el cargo de Ministro de Guerra y a tres mariscales de los ejércitos españoles: Sebastián Calvo de la Puerta y O'Farrill, Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas y el propio Gonzalo de O'Farrill y Herrera. El éxito azucarero, como hemos visto, no excluía el contar con nombres reconocidos en otras aristas de la realidad social. Lejos de ser un impedimento, estas dualidades fortalecían el avance de la aventura cubana del dulce.

Nuevamente, las condiciones que garantizaran el éxito, existían, ante la carencia de las aspiraciones, motivos o razones. En 1816, Arango y Parreño en sus *Axiomas económico-políticos relativos al comercio colonial*, dejaba claro los distantes destinos entre la isla de Cuba y la independencia continental, al proyectar que la mantención de las restricciones solo había empujado a las colonias americanas a la opción bélica, mientras los privilegios a Cuba solidificaron su fidelidad y la convirtieron en el auxilio financiero de la metrópoli. Palabras que no solo demostraban, como en otros textos de la época el “pesimismo” a la independencia reinante en Cuba, sino las bases del “pacto colonial” suscrito entre la burguesía esclavista azucarera cubana y las cortes reales de España. Compromiso que, en lo interno, adhería a productores, comerciantes peninsulares, autoridades políticas y administrativas, ejército y hasta figuras provenientes de la iglesia católica. La efervescencia plantacionista, opacaba cualquier proyecto de liberación nacional.

Los tibios intentos por romper la alianza cubana con España, fueron impulsados por la idea de una posible invasión extranjera que trajera a las costas cubanas a las tropas sudamericanas. Los procesos en el continente no escaparon a la realidad insular y no pocos fueron simpatizantes con la labor de Bolívar y los próceres descolonizadores. En las logias masónicas, única estructura permitida para ejercer los derechos de reunión, se tejieron dos conspiraciones de gran alcance en la Cuba de la década del veinte decimonónico: la de “Soles y Rayos de Bolívar”, encabezada por José Morales Lemus y la “Gran Legión del Águila Negra”, ambas avocadas a cumplir con la aspiración de separar los destinos de Cuba y España con el apoyo mexicano y las fuerzas bolivarianas. Fueron varios los intentos para obtener el apoyo de Colombia y Bolívar para una invasión que apoyara la independencia de Cuba, como el encabezado, por acuerdo de la junta celebrada en Nueva York en 1823, por Gaspar Betancourt Cisneros, José Agustín Arango, Fructuoso del Castillo y José Aniceto Iznaga en 1823 para entrevistarse con *El Libertador* y el presidente Santander. Proyecto interrumpido por la concentración de los esfuerzos bélicos en la campaña del Perú. Dos años después, Agustín Arango viajaba a Lima con el mismo objetivo, donde se reunió con Bolívar, el cual manifestó el apoyo colectivo de las nuevas repúblicas a la independencia de Cuba, pero que era un asunto que debía ser resuelto en el Congreso de Panamá.

Pero el fracaso de la cita convocada entre el 22 de junio y el 5 de julio de 1826, para la creación de una confederación de países hispanoamericanos independientes, desvanecieron rápidamente las expectativas. Las rivalidades internas y la fuerte oposición de los Estados Unidos, condenaron la aspiración y dejaron huérfana la pizca de esperanza separatista cubana. Entre los temas abordados, se dejaba claro la cuestión diplomática alrededor de Cuba y Puerto Rico, pero no se establecían las vías ni aspiración de una implicación directa en los destinos de las islas caribeñas:

Adoptar medidas respecto a las islas de Cuba y Puerto Rico, y en caso de que se resolviese emanciparlas, resolver sobre su destino futuro. Si deberían agregarse a alguna de las nuevas repúblicas o

dejar que se constituyeran independientes. Y en uno u otro caso determinar a cargo de quien estarían los gastos de la campaña (Escobar, 1826, p. 44).

Si bien todavía Cuba no había madurado suficiente para caer por su propio peso en las manos de los Estados Unidos, éstos no podían ver con indiferencia la posibilidad de un cambio político en la isla y la pérdida de las redes comerciales que privilegiaban a la nación del norte. Las fronteras marítimas de Cuba impedían cualquier invasión continental sobre todo por no contar ni mexicanos ni colombianos con los recursos suficientes para mantener la soberanía de Cuba bajo el poder de la confederación latinoamericana. Para el ideario de la época, si la mayor de las Antillas estaba llamada a depender de cualquier república americana, era imposible no convenir que la ley geográfica natural debía unirla a los Estados Unidos. Realidades que hicieron languidecer cualquier anhelo invasor del continente.

Los temores de la clase criolla acaudalada, aunque fundadas en palpables evidencias, demostraron a la postre ser carentes de sentido. Bolívar no tenía intención real de perpetuar ningún plan de invasión y solo utilizó el recurso, para alarmar al rey Fernando VII y lograr el reconocimiento de la independencia de Colombia, a la cual contribuyó también, desde otros intereses geopolíticos, las presiones diplomáticas de Estados Unidos e Inglaterra. Varela, en 1825, se hacía eco de los supuestos peligros de una invasión extranjera y alertaba sobre sus peligros. La realidad de Cuba debía ser comprendida, transformada y resuelta por disposición común de sus propios habitantes, sin ayuda de ningún ejército extranjero cuya manutención tendría que ser cubierta por el peso de su economía nacional. Pero las condiciones económicas e ideológicas para sustentar este sentimiento, distaban mucho del escenario cubano de ese entonces. Sobre estas cuestiones, sentencia el padre cubano:

Desgraciadamente, aun entre los mismos que desean la independencia de la isla de Cuba, se ha esparcido hasta cierto punto la infundada opinión de que solo puede efectuarse, o que por lo menos se efectuará con menores males, esperando la invasión de tropas extranjeras... El pueblo de la Isla de Cuba, en caso de ser independiente, debe constituirse. ¿Y lo hará mientras pise el territorio un corto número de soldados a quienes se le dará el nombre de ejército extranjero?...No hay que alucinarse. Yo soy el primero que estoy contra la unión de la Isla a ningún gobierno, y desearía verla tan Isla en política como lo es en la naturaleza; pero no puedo persuadirme de que, si llegase a efectuarse la unión a Colombia, no fuese por la voluntad del pueblo, sino por una conquista (Varela, 1971, pp. 302-303).

Los más fuertes visos de un nacionalismo criollo, más allá de las páginas de Varela, se remontan entonces a la década de 1830. Un paradigmático año 1837, marca los nuevos rumbos políticos de la colonia, en momentos donde se combina la exclusión de los diputados cubanos a las cortes españolas y de las provincias de Ultramar de la constitución, la muerte de Francisco de Arango y Parreño, vocero y apoderado de la generación que había tejido la revolución azucarera cubana y la introducción del ferrocarril en la isla que unía en su primera experiencia a La Habana con Bejucal. Se producía el ascenso de una generación de cubanos que no habían sellado el pacto colonial, pero que serían los encargados de protagonizar la época ferroviaria-azucarera y la crisis del modelo plantacionista.

Los debates políticos en la Cuba de estos años no serán tan fieles a la metrópoli como en décadas pasadas. Las prioridades del reformismo liberal encabezado por José Antonio Sacó, se centrarán en tres cuestiones medulares: la abolición del ejercicio de la trata negrera, las postulaciones a la metrópoli para establecer en la isla un régimen autonómico y las polémicas alrededor del problema de la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Polifacético escenario político en momentos económicos en que el mercado norteamericano se convierte en el rector de la vida mercantil de la isla.

También vale destacar que la “revolución industrial azucarera cubana”, comienza a dar sus primeros y sólidos pasos en los años que trascurren entre 1840 y 1868 aproximadamente, como antecedente directo del proceso de concentración y el surgimiento del central azucarero como cumbre productiva posterior a 1878. Tiempos que coinciden, además, con la crisis de la estructura

plantacionista a gran escala ante la introducción de los proyectos de innovación azucarera, la caída de los precios del azúcar en el mercado mundial y la fuerte y ascendente competencia del azúcar de remolacha. Esta última variedad de dulce, había aparecido en los inicios del siglo XIX, resultado de los avances de la ciencia y se asentó en Estados Unidos, Rusia, Francia y Alemania. El desarrollo de la industria europea hizo que aumentara la participación de nuevas colonias asiáticas que, como Filipinas, entraron en el mercado exportador y tendieron a bajar los precios.

Los primeros indicios de la máquina de vapor en la técnica azucarera se remontan a 1819, para mover los molinos en el ingenio “Cambre”, propiedad de Pedro Diego en la zona de Güines. Su difusión, sin embrago, no fue muy rápida, pues además erosionaba la composición de los azucareros cubanos, no todos con el capital suficiente para la introducción de estos adelantos, produciéndose el tradicional proceso de “supervivencia de los más aptos”. Para 1846, había solo 286 máquinas de vapor en los ingenios cubanos, de un total de 1442 mientras, para 1861, la cifra ascendía a 949 de 1365 unidades productivas. El tradicional proceso para purgar el azúcar con barro en hormas, comenzaba a sustituirse en 1850, cuando se ensaya con éxito la incorporación de la primera centrífuga en el ingenio “Amistad” de Joaquín Ayestarán, también ubicado en Güines, las cuales se expandieron por solo cuatro ingenios para 1860. Alrededor de 1846, la revolución técnica entraba a la casa de máquinas, algo tardío en comparación con la máquina de vapor. Para 1840, aparecía la caldera al vacío para la cocción de las mieles, con la instalación en los ingenios habanero “San Juan Nepomuceno” y “La Mella”, de Wenceslao de Villa-Urrutia. La instalación fue constatada personalmente, gracias a dos visitas a Cuba del ingeniero creador de la estructura, el francés Carlos Derosne, en 1842 y 1843. Precisamente, Villa-Urrutia, dictó otra pauta de vital importancia en los nuevos aires de la industria, cuando bautiza en la producción cubana la división del trabajo, o lo que es lo mismo, la separación entre la parte agrícola e industrial. De esta manera el cultivo, corte y tiro de la caña quedaba en manos de productores independientes, con capital y tierras propias o con tierras arrendadas y capital facilitado por un hacendado, lo que aligeraba poderosamente los tradicionales problemas que enfrentaban los azucareros en las plantaciones (Le Riverend, 1971).

Son estos solo algunos elementos ilustrativos para demostrar las primeras luces de la decadencia productiva cubana y, con ella, de la sociedad esclavista. Los pilares de la colonia para garantizar su fidelidad con España, hacían aguas a partir de 1840. Los resultados de la innovación azucarera, demostraban la incompatibilidad del proceso con la mano de obra esclava, por lo que la abolición, primero de la trata y después de la esclavitud, fueron el centro de los más fuertes debates de la época. El trabajo de Saco “*Análisis de una obra sobre el Brasil*”, escrito en 1832, constituye una muestra evidente.

La lealtad interesada de Cuba para con España de los tiempos dorados de la generación nucleada alrededor de Arango y Parreño, desaparecía paulatinamente en la isla en los años de José Antonio Saco. En un interesante estudio comparativo entre Cuba y algunas colonias inglesas, el bayamés denunciaba, para borrar el mito de la prosperidad cubana y los favores metropolitanos que abrazaban la felicidad de la isla que, si para 1835 el valor de las exportaciones cubanas alcanzó el valor de 12 879 993 pesos fuertes, las contribuciones por su parte ascendían a 18 060 523, o lo que es lo mismo, más del 140% estableciendo proporción entre unas y otras. Para el mismo año, las colonias norteamericanas registraban algo más del 14%, mientras las Antillas, Bermudas, isla Mauricio y Guyana, no superaba el 7% (Saco, 2005b, pp. 147-149). El documento de 1837, es uno de los más claros ejemplos del nacionalismo criollo que comenzaba a consolidarse en Cuba en la búsqueda de soluciones que separaran los lazos absolutistas con la metrópoli europea, pero donde solo el autonomismo era la vía defendida por el autor. Al respecto, Saco sostiene:

Cansado de oír ponderar las ventajas de que goza Cuba bajo el gobierno de España; cansado de oír que entre todas las colonias que las naciones europeas poseen del otro lado del Atlántico, ninguna es tan feliz

como Cuba; y cansado también de sufrir la impudencia de plumas mercenarias y la pedantería de algunos diputados arengadores, tomo la pluma para trazar un corto paralelo entre esa Isla que se dice tan venturosa, y algunas de las colonias inglesas... De cualquier modo, que sea, no es por cierto envidiable la condición de colonia; pero cuando vuelvo los ojos a Cuba, y contemplo el mísero estado en que yace, juro a fuer de cubano, que trocaría la suerte de mi patria por la de las posesiones del Canadá...Dirán que soy partidario de la nación inglesa, y que bien a las claras manifiesto los deseos de que Cuba empiece a girar entre los satélites de aquel planeta. Se equivocan los que así hablan, y no me conocen los que así me juzgan. Si el Gobierno español llegase alguna vez a cortar los lazos políticos que unen a Cuba con España, no sería yo tan criminal que propusiese uncir mi patria al carro de la Gran Bretaña...Darle entonces una existencia propia, una existencia independiente, y si posible fuera tan aislada en lo político como lo está en la naturaleza; he aquí cual sería en mi humilde opinión el blanco a donde debieran dirigirse los esfuerzos de todo buen cubano. Pero si arrastrada por las circunstancias, tuviera que arrojarse en brazos extraños, en ningunos podría caer con más honor ni con más gloria que en los de la Gran Confederación Norteamericana. En ellos encontraría paz y consuelo, fuerza y protección, justicia y libertad, y apoyándose sobre tan sólidas bases, en breve exhibiría al mundo el portentoso espectáculo de un pueblo que del más profundo abatimiento se levanta y pasa con la velocidad del relámpago al más alto punto de grandeza (Saco, 2005b, p. 130 y 152).

El prisma político cubano posterior a 1837, desvirtúa cualquier recuerdo pasado de la fidelidad cubana y de la condena al camino de la independencia. La conducta opresora del gobierno español y su capacidad de imponer el régimen absolutista a las posesiones ultramarinas, en años de fuertes aires liberales provenientes de Europa, empujaban como estrategia política, a una sección de la élite criolla, al camino de la anexión a los Estados Unidos. La situación de Cuba había erosionado profundamente su lealtad política y ante la opción de mantenerse como colonia de España, se abrían los caminos de la independencia y la anexión. La soberanía nacional, era poco probable hasta el estallido bélico en 1868, por la fortalecida disputa entre cubanos y peninsulares que determinaban al fracaso cualquier intento y la aún, en medio de la crisis, apacible prosperidad económica que respiraba la Cuba A. Sin embargo, en caso de gestarse un intento separatista, el apoyo por parte de Inglaterra y Francia sería determinante para evitar la absorción de la isla caribeña por parte de los Estados Unidos, según el ideario de Saco. Solo la fuerte presencia europea en la región todavía para ese entonces, había impedido que la aspiración norteamericana se consumase.⁷

Las razones que habían edificado la fidelidad cubana entre 1790 y 1837, habían comenzado a derrumbarse. La receptividad de las reformas presentadas en las cortes españolas, la coalición modernizadora entre ricos productores, comerciantes, autoridades coloniales e iglesia católica en bien del boom azucarero, el “miedo a una guerra de razas”, la elevada participación y control de cubanos adinerados en el ejército y lo irreplicable y exitoso del modelo azucarero en comparación con otras colonias españolas, habían apuntalado la estrategia colonial entre Cuba y su metrópoli. La lealtad había sido diseñada desde las ventajas de la posición cubana en el mapa geopolítico imperial y la mayor prueba de amor, fueron las ventajas ofrecidas a la élite habanera posterior a 1808. Como generación y clase hegemónica, dictó los destinos de Cuba paralelos a los de España, en beneficio propio, haciendo gala de su histórico carácter antinacional y como salvavidas ibérico en los momentos de hundimiento del imperio americano.

Los nuevos ritmos industriales sentenciaban la inoperancia del modelo económico que había llevado a la isla caribeña a suplir las responsabilidades de Haití a partir de 1792. Las fuertes crisis económicas que atravesó Cuba en 1858 y 1867, sacudían toda la estructura productiva. La diferencia radicaba en que, si en la porción centro-occidental el azúcar hacía más perdurable las ganancias económicas, en la Cuba B los pequeños ingenios, los cafetales y la ganadería fueron renglones fuertemente golpeados. Las condiciones históricas hacían posible el germinar las enseñanzas de Varela y José de la Luz y Caballero, convirtiéndose en la punta de lanza independentista de los terratenientes

⁷ Muy revelador para comprender el panorama político de Cuba y los caminos divergentes con esa tradicional fidelidad cubana de tiempos pasados, resulta el trabajo de Saco de 1858 titulado “Las esperanzas de Cuba”. Ver entonces en (Saco, 2005a, pp. 450-455)

radicalizados orientales. Había llegado, condenado a la tardanza por sus peculiares circunstancias internas, el momento de proyectar una revolución burguesa en Cuba. Pero, con tantos proyectos contendientes y la negativa a participar de la gran burguesía azucarera occidental, las posibilidades de éxito se vieron determinadamente afectadas.

Conclusiones para reanimar el debate...

La institución esclavista y la complejidad de la estructura socioclasista cubana, constituye uno de los frenos más evidentes al desarrollo de la colonia posterior a 1840. El éxito del intento descolonizador, pasaría por la radicalidad respecto al problema de la esclavitud, la cual se vio limitada por la presencia de “varias Cubas coloniales” dentro del mismo archipiélago durante la Guerra de los Diez Años y el uso que hacían cada uno de ellos de la mano de obra esclava. Es Cuba, el penúltimo territorio colonial plantacionista donde queda abolida la esclavitud (1886), solo antes que Brasil, justamente en los primeros compases del imperialismo como fase histórica superior del capitalismo. Una muestra más, de las diferenciaciones temporales de los procesos históricos en el centro y la periferia capitalista.

El ser Cuba el territorio colonial más cercano con la metrópoli, garantizó históricamente fuertes lazos de alianza y favores comerciales. A la par de su privilegiada posición geográfica, se construyó una insólita y poderosa coalición entre la élite criolla y los comerciantes peninsulares. El levantamiento de las restricciones para el comercio con neutrales hacia fines del siglo XVIII, no fue visto con igual agrado en el continente, más acogido a los nexos con Cádiz que en el archipiélago cubano, siempre deseoso de atender embarcaciones con banderas diferentes a la española. La tardía llegada de Cuba al empeño azucarero y al boom demográfico esclavista, los beneficios del situado y la construcción alrededor de él de una clase poderosa beneficiada por el arribo de los criollos al ejército colonial, la red de alianzas establecidas entre élite criolla, comerciantes peninsulares e incluso cabildos y gobernadores, el régimen de autofinanciamiento alcanzado por la colonia con la irrupción del situado, la orgía millonaria azucarera cubana entre 1790 y 1820 y la compleja estructura socioclasista, son algunos de los factores históricos que permiten explicar la fidelidad cubana y su tardío proceso descolonizador, iniciado en el continente en 1810. El retardo, se explica sobre la base de una “lealtad interesada” por las regalías alcanzadas por la Cuba A para coronar su despegue definitivo, que imposibilita cualquier empeño de construcción nacional.

Las páginas anteriores, más que una verdad absoluta, resulta una invitación intelectual para la historiografía cubana a reflexionar sobre esas múltiples peculiaridades de la colonia cubana dentro del imperio español, no solo en el evidente ámbito geográfico. Ha de pensarse a la mayor de las Antillas en la verdadera dimensión que ocupa dentro del proceso de expansión de la economía-mundo europea desde 1492, tanto como terreno de ensayos para futuros mecanismos colonizadores o como eje y pivote determinante en el proceso de conquista y colonización continental. Y es que, desde las aguas cubanas, salieron las expediciones ibéricas que dieron cuerpo al imperio español en el “Nuevo Mundo”.

Por evidentes razones de espacio no hemos podido detenernos en estas cuestiones, ni en el proceso de construcción, desde la larga duración histórica, en su mayor generalidad, de dos Cubas coloniales solo unidas por la dependencia con España. Una Cuba A, bendecida por la Corriente del Golfo y con capital en la Habana, hegemónica, opulenta y favorecida por la centralidad del puerto habanero, que fue capaz de mutar de principal puerto de enclave del comercio de Indias a convertirse, desde mediados del siglo XVIII, en el puerto central de una economía de plantación. Totalmente diferente en lo geográfico, económico, cultural, social y en matices políticos, se construye una Cuba B que se expande por toda la región centro oriental de Cuba. La misma que, por no contar con las bondades de su hermana geográfica, fue condenada al estancamiento económico y por sentir en sus

espaldas con mayor fuerza, las estrategias monopolizadoras de España. Esa Cuba que se erigió como la cuna de la insurgencia cubana y la madre del proceso de construcción del estado nacional cubano.

Sirvan todos estos apuntes finales, para continuar patentando en futuros estudios, la salud de la que dispone la historiografía cubana más contemporánea, caracterizándose por preocuparse por esas zonas oscuras, que no han disfrutado con anterioridad, las bondades del análisis de los representantes de Clío.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alfaro Velázquez, R. O. (2021). *Tiempo, sistema-mundo e historia. Cuba y la mirada histórica entre los siglos XVI y XIX.* (Tesis en opción al grado de Doctor en Historia), Universidad Iberoamericana, México.
- Amores Carredano, J. B. (2005). *Las élites cubanas y la estrategia imperial borbónica en la segunda mitad del siglo XVIII.* In M. C. G. B. L. N. G. J. B. R. Rivera (Ed.), *Élites urbanas en Hispanoamérica. De la conquista a la independencia* (pp. 189-196). España: Universidad de Sevilla.
- _____. (2016). *La Habana en la crisis del imperio español en América: una visión comparada.* *Anuario de Estudios Atlánticos*(62), 1-18.
- Arregui Martínez-Moya, S. (1982). *La fundación del Real Consulado de La Habana (1794).* *Anales de la Universidad* XLI(3-4).
- Escobar, F. y Velarde F. (1826). *El Congreso de Panamá en 1826.* Panamá: Editorial Minerva
- Fraginals, M. M. (1978). *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar (Vol. I).* La Habana: Ciencias Sociales.
- _____. (1995). *Cuba/España, España/Cuba.* Barcelona: Crítica Grijalbo.
- González-Ripoll Navarro, M. D. (1999). *Cuba, la isla de los ensayos. Cultura y sociedad 1790-1815.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Guerra Sanchez, R. (1973). *Manual de Historia de Cuba desde su descubrimiento hasta 1868.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Humboldt, A. d. (1930). *Ensayo político sobre la isla de Cuba (Vol. I).* La Habana: Cultural S.A.
- Kuethe, A. J. (1986). *Cuba 1753-1915. Crown, Military and Society.* Knoxville: The University of Tennessee Press.
- _____. (1998). *La fidelidad cubana durante la edad de las revoluciones.* *Anuario de Estudios Americanos*(55), 209-220.
- Le Riverend Brusone, J. (1954). *Relaciones entre Nueva España y Cuba (1518-1820).* *Revista de Historia de América*(37/38), 45-108.
- _____. (1971). *Historia económica de Cuba.* La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Parreño, F. d. A. y. (2005). *Resultan grandes perjuicios de que en Europa se haga la fabricación del refino.* En Francisco de Arango y Parreño. *Obras (Vol. I, pp. 243-256).* La Habana: Imagen Contemporánea.
- _____. (2006a). *Axiomas económico-político relativos al comercio colonial, presentados al Consejo de Indias en 1816.* In Francisco de Arango y Parreño. *Obras (Vol. II, pp. 133-137).* La Habana: Imagen Contemporánea & Ciencias Sociales.
- _____. (2006b). *Representación de la ciudad de La Habana a las Cortes, el 20 de julio de 1811, con motivo de las proposiciones hechas por Don José Miguel Guridi y Alcocer y Don Agustín de Arguelles sobre el tráfico y la esclavitud de los negros; extendida por el Alférez Mayor de la ciudad, Don Francisco de Arango, por encargo del Ayuntamiento, Consulado y Sociedad Patriótica de La Habana.* En Francisco de Arango y Parreño. *Obras (pp. 19-52).* La Habana: Imagen Contemporánea.
- Pérez de la Riva, J. P. (2004). *La conquista del espacio cubano.* La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- Pichardo Viñals, H. (1971). *Documentos para la Historia de Cuba (Vol. I).* La Habana: Editorial Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro.
- Piqueras Arenas, J. A. (2002). *La política de los intereses en Cuba y la revolución (1810-1814).* En M. Terán (Ed.), *Las guerras de independencia en la América española* (pp. 465-484). España: Zamora (Mich.) : El Colegio de Michoacán ; México, D.F. : Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- _____. (2008). *La siempre fiel isla de Cuba o la lealtad interesada.* *Historia Mexicana*, 58(1), 427-486.

- Saco, J. A. (2005a). Las esperanzas de Cuba. En José Antonio Saco. Obras (Vol. III, pp. 450-455). La Habana: Imagen Contemporánea.
- _____. (2005b). Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas. En José Antonio Saco. Obras (Vol. III, pp. 130-152). La Habana: Imagen Contemporánea.
- Santamaría García, A. (2018). Especialización económica, esclavitud y regionalización del espacio cubano, 1789-1862. *Caribbean Studies*, 46(2), 79-118.
- Torres-Cuevas, E. (2002). De la Ilustración Reformista al Reformismo Liberal. En *La Colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional desde los orígenes hasta 1867* (Vol. II, pp. 314-354). La Habana: Félix Varela.
- Varela, F. (1971). Paralelo entre la revolución que puede formarse en la Isla de Cuba por sus mismos habitantes y la que se formara por la invasión de tropas extranjeras. En *Documentos para la Historia de Cuba* (Vol. I, pp. 301-304). La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Vázquez Cienfuegos., S. (2009). El frustrado proyecto juntista de La Habana en 1808. Una propuesta de cambio de las relaciones de Cuba con España. En F. M. Roda (Ed.), *Actas del Congreso Internacional sobre la guerra de independencia y los cambios institucionales* (pp. 207-224). Valencia: Diputación de Valencia.
- Zanetti Lecuona, O. (2017). La Hacienda colonial y sus bases coloniales (1763-1898). En J. A. Planas (Ed.), *La Administración De Cuba En Los Siglos XVIII y XIX* (pp. 145-177). Madrid: Boletín Oficial del Estado. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.